LIBRO III.

En el que se consideran la vida y virtudes de la Santísima Vírgen, desde el tiempo en que vió á su Divino Hijo dar su Sangre y su Vida en el Calvario, hasta su gloriosa Asuncion.

CAPITULO PRIMERO.

El que ama á Jesus, debe subir al Calvario y padecer allí con él.

María. Ya sube Jesus al Calvario. Ven, hijo mio, ven; pues que este Señor te llama para que subas con él. Si es cierto que le amas, no dejarás de seguirle.

El amor que tenemos á Jesus, ¿seria digno de él si le desamparásemos en medio de sus dolores, y cuando todos los demas hombres le desprecian y ultrajan?

Es verdad que no podemos darle ningun

socorro; pero á lo ménos tomarémos parte en sus sufrimientos, mezclando nuestras lágrimas con su Sangre, y le darémos el consuelo de que vea que estamos prontos á sufrir por su amor todo cuanto nos ordene.

Siervo. Pero ¡oh Vírgen generosa! ¿es posible que no hay otro medio de dar á entender á Jesus nuestro amor, que sufriendo y padeciendo por él? ¿No pudiéramos manifestarle este amor en la tranquilidad y el reposo?

María. Hijo mio: en la tranquilidad y el reposo es fácil dar á Jesus pruebas de que le amamos; pero no puede juzgarse bien de la solidez de este amor sino en medio de la tempestad.

Jesus ha dicho: *el que no lleve mi Cruz y me siga, no puede ser mi discípulo* (1).

Debes, pues, considerar como dias felices, aquellos en que hayas tenido ocasion de padecer alguna cosa por su amor.

Muchos cristianos no aman á su Divino Bienhechor sino á causa de sus beneficios, pareciéndose en esto á los amigos del mundo, que no aman sino por interes.

---

(1) Luc. xiv, 17.

Dicen éstos que aman á Jesus de todo su corazon, y sin embargo *no pueden velar ni una sola hora con él* (1) en el jardin de su agonía.

Protestan que le seguirán por todas partes, aunque sea necesario ir á morir con él; pero inmediatamente el terror de los sufrimientos debilita en ellos el amor, y no siguen á Jesus sino á lo léjos.

Pero tú, hijo mio, si amas á Jesus, no podrás ménos de amar su Cruz; y si le amas de todo tu corazon, abrazarás, lleno de júbilo y contento de las ocasiones que se te proporcionen de padecer y sufrir.

Aquel á quien no es necesario violentar como á Simon Cirineo para que lleve la Cruz de Jesus, y que participa voluntariamente de la amargura de la hiel que le fué presentada en el Calvario, aquel es el que verdaderamente ama á Jesus.

En el fuego de la tribulacion es en donde se prueba el oro del amor (2). Aquí es en donde se purifica y se perfecciona.

Jesus vivió en medio de lágrimas; pues

(1) Matth. XXVI, 40.—(2) Eccles. II, 5.

¿cómo puedes tú esperar, ni resolverte á vivir entre delicias?

Un verdadero cristiano es un hombre formado *sobre el modelo de Jesus* (1) sufriendo, agonizando, y aun muerto en la Cruz.

Encuentras á Jesus digno de ser amado, cuando piensas en tantos y tan crueles tormentos como ha padecido por tu amor; pero ¡ah! ¿cuánto no debes tú amar aquello mismo que sirve de objeto tan digno á tus afectos, y aquellos mismos tormentos de que Jesus te hace participante solo porque te ama?

Los hombres rescatados por la Cruz, deben mirarla como á su herencia y toda su gloria.

Jesus no ha entrado *en su gloria sino por el camino del sufrimiento* (2). Ni hay ni ha habido otro para mí ni para los santos: con que no hay remedio, es indispensable que siga el mismo camino quien desee llegar al mismo fin.

SIERVO. ¡Oh Vírgen, Madre de un Dios! si vos padecísteis tantos tormentos, y llegásteis á concebir tanta estimacion por el sufri-

(1) Philip. III, 10.—(2) Luc. XXIV, 26.

miento, fué porque amábais á Dios mas que todos los mártires y santos juntamente.

Ayudadme con vuestra intercesion á vencer mi delicadeza, mi sensibilidad y el horror natural que tengo á la Cruz, para que mi entendimiento, mi corazon y todo lo que hay en mí, puedan manifestar á mi Dios que yo le amo.

Vos fuísteis la Vírgen mas santa; y sin embargo, fuísteis la mas afligida. Consiento, pues, con gusto, en participar de vuestros sufrimientos, con tal que participe de vuestro amor.

Haced, Madre Soberana, que yo ame y ponga todas mis delicias en la Cruz de Jesus; para que en la hora de mi merte, Jesus crucificado sea toda mi fortaleza y mi consuelo.

María. ¿Cómo podrias, en efecto, abrazar con confianza á un Crucifijo en la hora de la muerte si hubieras vivido como *enemigo de la Cruz* (1)?

En la hora de la muerte no solo no se siente haber estado muchas veces sobre la Cruz, sino que es entónces cuando quisieran los

(1) Philip. III, 8.

hombres no haberse separado de ella jamas, porque tendrian la ventaja de ser semejantes á Jesus crucificado en aquello mismo en que quiere que sean conformes con él.

Sí, hijo mio: si hallándote espuesto á los desprecios y malos tratamientos del mundo, y á las persecuciones mas sangrientas, te veo padecer con sumision, paciencia y constancia, entónces será cuando mire en tí una imágen admirable de Jesus.

Entónces sí que te amaria, hijo mio, mucho mas que te amo, porque cuanto mas te parezcas á Jesus, serás un hijo mas digno de tu Madre.

Siervo. ¡Oh Madre mia! el motivo que me animará en adelante, y me servirá de consuelo en todos mis sufrimientos, será el de pensar que yo llevo mi cruz con Jesus y por Jesus; pero al mismo tiempo, ¡qué ventaja para mí la de considerar que mi estado y mis disposiciones me atraerán de una manera especial vuestra proteccion y vuestro amor!

CAPITULO II.

De la conformidad que debemos tener en la voluntad de Dios cuando estamos en la afliccion.

SIERVO. A vos recurro ¡oh Consoladora da los afligidos! en medio de la triste situacion en que me hallo.

Dignaos manifestarme aquellos sentimientos de que debo estar mas particularmente penetrado en los males que estoy sufriendo, y á vista de los que me amenazan.

MARÍA. Debes ocuparte, hijo mio, de una total y perfecta conformidad en la voluntad de Dios, que lo ordena y gobierna todo para su mayor gloria y para tu salud.

Cuando ves que se te acerca una afliccion, que la padeces continuamente, que se te aumenta; y cuando esperabas algun alivio, adviertes que hay otra cosa que te amenaza, dí y repite muchas veces al Señor: ¡Oh Dios mio! hágase en todo vuestra voluntad.

El pensamiento de esta voluntad divina me fortaleció y consoló en el templo de Jerusalen, cuando me anunció Simeon que Jesus seria entregado á la contradiccion de los hombres, y que mi alma seria traspasada con un cuchillo de dolor.

Me animó y consoló tambien en el Calvario cuando ví á Jesus clavado en la Cruz, y dar el último suspiro en medio de los mas crueles tormentos.

Como el amor que tenia á Jesus era sin límites, lo fué tambien mi dolor; pero mi resignacion no fué ménos grande que mi dolor y mi amor.

Destierra, pues, de tu entendimiento, aun cuando padezcas los mayores trabajos, cualquiera otra reflexion que la que se encierra en estas cortas palabras: *Dios lo quiere.*

Las demas consideraciones no servirán sino para exasperar tu dolor y hacerte sentir mas el peso de tu desgracia.

¿Pues qué, hijo mio, sabiendo que es Dios quien te envía la afliccion, osarias tú decir que no la quieres?

Si un hombre que se dirige por principios de sabiduría, no puede querer sino lo que sea bueno, ¿qué deberás tú pensar de un Dios que es infinitamente sábio?

Dios, á la verdad, no quiere el pecado de

aquellos que contribuyen á tu afliccion; pero quiere que ceda en gloria suya la paciencia con que tú debes sufrirla.

Permite el pecado de tus enemigos, y quiere que sus consecuencias sirvan á tu santificacion.

David no miraba en Semei á un hombre que le ultrajaba, sino á un Dios justo que se servia de aquel vil instrumento para humillarle y hacerle espiar sus culpas.

El mismo Jesus, hablando á sus apóstoles del cáliz de su Pasion, no les dijo ni una palabra de la ingratitud de los judíos que se lo preparaban, sino de la voluntad de su Padre que lo habia ordenado así.

En el jardin de las Olivas dijo á Pedro, que no habia aun comprendido bien que un cristiano que padece, que se ve oprimido y perseguido, no debe valerse de otras armas que las de la paciencia y resignacion: *¡Pues qué!* le dijo, *¿no beberé yo el cáliz que me ha dado mi Padre* (1)?

Esto no es decir que no puedas pedir á Dios que te libre de los males que te afligen, sino que si Dios no obstante quiere que be-

(1) Joan. XVIII, 11.

bas de su cáliz, deberás entónces decir: *Padre mio: hágase todo, no como yo quiero, sino como vos quereis* (1).

No mireis, Señor, á la estrema repugnancia que tengo en padecer y sufrir, sino en cuanto sea conforme á vuestra gloria, y á la ejecucion de vuestros designios.

Pero si adviertes que léjos de disminuirse tus aflicciones se aumentan cada dia mas, entónces dirás de esta suerte: *Sí, Padre mio, me someto humildemente á estos nuevos trabajos, pues que es conforme á vuestra voluntad que yo los padezca* (2).

¿Vos lo quereis? pues yo tambien lo quiero. ¿Vos sois, Dios mio, el que lo ordenais así? pues consiento en ello. Si es necesario padecer, padeceré; y aun si fuese necesario morir, moriré con gusto.

¡Ojalá que el rigor de los golpes que me envíeis, ó que permitais que me vengan por otra parte, apresure aquel feliz momento en que iré á gozar de las dulzuras eternas de vuestra presencia y de vuestro amor!

(1) Matth. XXIX, 39.—(2) Matth. XI, 26.

CAPITULO III.

De la paciencia.

¿Cuánto no tendria que sufrir la Madre del Verbo encarnado cuando vió á este Divino Hijo hecho el Hombre de dolores, entregado á las potestades de las tinieblas, arrastrado de tribunal en tribunal, tratado como seductor, é insultado por una soldadesca insolente?

¿Cuando le vió azotado cruelmente, coronado de espinas, reputado por mas criminal que Barrabas, condenado á muerte, cargado con el instrumento de su suplicio, y agobiado bajo de su peso?

¿Cuando oyó los golpes de los martillos que remachaban los clavos en los piés y manos de este Hijo querido; cuando le vió levantar en la Cruz, colocado entre dos malvados, insultado por sus enemigos que triunfaban de su muerte, y no tenian que presentarle sino *vino mezclado con hiel* para aplacar su sed?

Y en fin, ¿cuando le vió dar en la Cruz el último suspiro, y fué testigo ella misma de la lanzada con que un atrevido ministro le abrió el costado para asegurarse de su muerte?

En medio de estos crueles tormentos, manifestó María la paciencia mas heróica. No se la oyó formar ni la queja mas pequeña.

Imitó María en el Calvario el silencio que habia observado Jesus en la casa del gran sacerdote. Rodeado de falsos acusadores *no decia ni una palabra* (1), porque conocia que hubiera hablado inútilmente en su defensa, y deseaba por otra parte que tuviese efecto el decreto de muerte, al cual se habia consagrado voluntariamente por nuestro amor.

¡Alma afligida! hé aquí el modelo que debes imitar. Si necesitas hablar alguna cosa cuando estás en el sufrimiento, habla, pero con dulzura, y con espíritu de paz. Si no son oidas tus quejas, sufre y calla, y no opongas á la injusticia sino la paciencia.

Pero ¿qué paciencia? Una paciencia cristiana que sea hija de un espíritu de religion, y no una paciencia humana, tal como la que inspira muchas veces la política ó el temperamento.

---

(1) Matth. XXVI, 63.

Los que se humillan bajo la mano de Dios, que adoran su justicia y misericordia en los trabajos que les envía, y que hacen de la paciencia de Jesus y de María el modelo de la suya, éstos sí que padecen como conviene á un verdadero cristiano.

Llevar la cruz con impaciencia, es hacerla mucho mas pesada, y es añadir la iniquidad á la pena.

El camino de la Cruz es el camino del cielo. Todos los santos le han seguido, y *los justos* (1) que están sobre la tierra caminan tambien por él; *padecen muchas tribulaciones*, porque Dios prepara á su paciencia una preciosa corona.

¡Ah! ¡desgraciados de aquellos cristianos que hacen servir para su perdicion lo que deberia servir á su salud! semejantes en esto á aquel criminal que murió al lado del Salvador en el Calvario, blasfemando sobre su Cruz, y que desde el Calvario mismo bajó á los infiernos.

Si en las aflicciones que padecemos, no nos rebelamos contra Dios, á lo ménos murmuramos de los trabajos que nos envía, y

(1) Ps. XXXIII, 20.

entónces mereceriamos ciertamente que Dios para nuestro castigo apartase de nosotros este medio poderoso de santificaros.

Muchas veces importunamos al cielo para que nos libre de nuestra cruz, y *no sabemos lo que pedimos* (1). Esta cruz es para nosotros una fuente copiosa de méritos.

¿En dónde se han visto jamas frutos mas abundantes de santidad y de escelentes virtudes que á la sombra de la Cruz y en el Calvario?

La paciencia nos hace adquirir allí mas mérito en pocos dias, que conseguiriamos en muchos años en una vida consagrada á los ejercicios de una piedad tranquila.

¿Cuántas veces sucede que el amor propio se engríe en las acciones de piedad? pero en una vida de aflicciones se merece tanto mas, cuanto la naturaleza tiene allí muy poca parte, y todo está dedicado á Dios.

No deseemos de ninguna manera una cruz mas bien que otra. Ni digamos: yo quisiera ésta mejor que aquella, porque la llevaria con mas paciencia.

¡Oh alma cristiana! cualquiera otra cruz

(1) Matth. XX, 22.

que la que llevas, no seria la que te conviene. Dios sabe mejor lo que necesitas que tú misma; y si quedase á tu arbitrio escoger tu cruz, te engañarias en la eleccion.

Las cruces que Dios nos hace llevar, son la medida de nuestras necesidades, de nuestras fuerzas, y de los designios que tiene sobre nosotros.

CAPITULO IV.

Cómo Dios reserva muchas veces los mas grandes sufrimientos para los que le son mas fieles en su servicio.

¿No era bastante ¡oh Dios mio! el que María hubiese llevado en su espíritu por espacio de treinta y tres años la imágen de los tormentos que su Hijo debia padecer? ¿era aun necesario que ella misma fuese testigo de su muerte?

Vos no exigísteis que Sara asistiese al sacrificio que Abrahan debia hacer por órden vuestra desu hijo Isaac.

Pero ya lo entiendo, Señor: era preciso que María, que debia ser algun dia la Reina de los santos, entrase mas íntimamente que todos ellos en esta *sociedad de sufrimientos* (1) de que habla el apóstol, y que vos habeis establecido entre Jesus y los predestinados.

No debo admirarme al ver aumentarse las aflicciones de muchos justos con su fidelidad en vuestro servicio.

Debo mirar los grandes sufrimientos que padecen algunas veces, como otras tantas gracias particulares que les haceis, y como una prueba evidente de la estimacion que os merecen.

Recompensais lo que hacen por agradaros con aflicciones que los hacen siempre mas semejantes al divino modelo que les presenta el Calvario.

Las personas á quienes mas amábais, y que os amaban con el mas tierno amor, se hallaron en el Calvario al pié de la Cruz.

Es una felicidad muy grande, el ser reputado por digno de participar de los sufrimientos de Jesus de una manera particular.

Todo discípulo que quiera ser perfecto, debe ser como su maestro (2). Jesus, nuestro Maestro, cuya perfeccion debemos procurar imitar, ha pasado por las mas grandes tribulaciones.

(1) Philip. III, 10.—(2) Luc. VI, 40.

Pocas almas hay de una virtud eminente' que no hayan sido fuertemente probadas.

Comenzaron por ser virtuosas, y vos les proporcionásteis despues alguna grande adversidad, para que llegasen á ser perfectas.

Porque habeis sido agradable á Dios, decia el ángel á Tobías, *ha sido necesario que la adversidad os probase.*

Es mucho mas generoso el amor que se manifiesta cuando se ejercita la virtud padeciendo y sufriendo por Dios, que cuando se practican otras diferentes obras de piedad.

Es verdad, Dios mio, que sirve á una alma de mucho consuelo el poder decir con San Pedro: *¡Bien sabeis, Señor, que yo os amo!* pero no se sabe perfectamente lo que es amaros, si no se aprende primero á padecer por vos.

Esto no es decir que las afrentas mas atroces, las cárceles y las enfermedades largas y crueles, han de ser precisamente la herencia de vuestros Santos, miéntras estén en este mundo; porque vos sabeis prepararles otras cruces, que, aunque no sean de tanto terror en la apariencia, no son ménos eficaces para perfeccionarlos, y aun para hacerlos morir sobre ellas mismas.

¿Quién sabe á cuántos y cuán violentos combates no tienen que entregarse las almas que quereis purificar, y que llamais á una santidad eminente?

¿Cuántas veces parece en lo esterior que gozan de una profunda paz, y sostienen dentro de sí mismas la guerra mas cruel?

Si vos, Señor, no armais á los elementos y á la malicia de los hombres contra vuestros siervos, permitís que el infierno se desencadene contra ellos.

Pero todo esto es para su mayor santificacion: cuánto mas tienen que combatir y vencer, tanto mas se acrisola y perfecciona su virtud.

Se fortalece y aumenta su fe ¡oh Soberano Señor! adorando vuestra voluntad con una sumision siempre mas perfecta, y reconociendo en vos á un Padre sabio que *castiga á sus hijos porque los ama* (1).

Su esperanza se hace siempre mas viva; porque conociendo vuestra bondad infinita, se aseguran de que, léjos de abandonarlos al furor de sus enemigos, vendreis vos á su socorro, y se animan al combate con el pen-

(1) Hebr. XII, 6.

samiento de que las aflicciones que se padecen en este mundo, *producen un peso eterno de gloria* (1).

Su caridad es mucho mas ardiente; porque, separándose cada dia mas de las criaturas, no viven sino para aquel que es el *Dios de su corazon, y su herencia para siempre* (2).

Entónces es cuando su fidelidad os honra mas particularmente. En el seno de la alegría y del consuelo no se sirve muchas veces sino por interes; pero en la afliccion, cuando el corazon está poseido de amargura, y sin embargo permanece el alma fiel, se prueba la firmeza y constancia del amor.

¡Oh Dios mio! cuántas veces he dicho en mis aflicciones que parecia que no me amábais; pero en adelante solo diré: Demos gracias á Dios, pues que esta adversidad que me envia, es un presente de su amor.

Sus siervos fieles, sus amigos y sus santos han padecido penas mucho mas grandes que las mias, porque eran mucho mas dignos que yo de sus atenciones y sus gracias

Suframos, pues, con la paciencia y resig-

(1) II Cor. IV, 17.—(2) Ps. LXXII, 26.

nacion de los santos, para obtener la gracia de padecer aun mas.

CAPITULO V.

Cómo una alma no debe turbarse á vista de la repugnancia que siente al padecer y sufrir.

SIERVO. A vos me dirijo ¡oh Vírgen Santa! en medio de la turbacion que me causa la vista de la Cruz. Siento dentro de mí mismo una repugnancia estremada al sufrimiento; y esta disposicion me llena de temor.

MARÍA. Hijo mio: la repugnancia natural no te hace de ninguna manera culpable á los ojos de Dios; ántes bien te servirá de un nuevo mérito, si permaneces siempre fiel y sometido á su voluntad.

Cuando se dice que los santos amaban los sufrimientos, no quiere decirse que los amasen naturalmente.

En la afliccion, el hombre sufre y padece; pero el cristiano se alegra y se regocija: la naturaleza resiste; pero el cristiano triunfa de la naturaleza.